

Bases para un análisis fenomenológico del tiempo y las edades

Gustavo Mariluz.
Fsoc. UBA.

Resumen: Al analizar qué es y cómo se implementa el proceso social de envejecimiento, no es posible descartar el análisis del tiempo. El Paradigma del Curso de la Vida y la filosofía fenomenológica y existencial, nos brindan algunas claves para comenzar a pensar, desde la sociología del envejecimiento y la gerontología social, como el ser va viviendo “en-el-tiempo”. Así, entonces, se establece analíticamente un tiempo físico objetivo, un tiempo subjetivo y un tiempo social y, ligados a ellos, un sistema estratificado de edades que portan expectativas de edad. De tal manera que la sociedad, por un complejo proceso, crea expectativas ligadas al tiempo y ligadas a la edad. Al mismo tiempo, y como corolario de este análisis, surgen relacionados los instantes y los momentos de vida los que indican, asimismo, un ritmo y un *timing* que condicionan, de alguna manera, esas expectativas. La propuesta es sentar unas bases para un análisis fenomenológico del tiempo y de las edades y cómo se vinculan con expectativas que orientan y dan predictibilidad a la conducta social.

Palabras claves: tiempo, filosofía, edad, expectativas.

Introducción

¿Por qué un análisis del tiempo nos “sirve” a los gerontólogos? ¿Y porque fenomenológico?

En primer lugar, creo que para construir una gerontología social integral, no podemos evitar analizar, de alguna manera, qué es el tiempo ya que la vejez se liga con el “paso del tiempo” de una manera directa. Envejecer es comprobar ese “paso del tiempo” en el ser y no alcanza con enunciarlo, debemos analizar, justamente, como se materializa en el cuerpo, en la vida cotidiana, etc., y, a partir de este análisis, producir insumos para la comprensión del fenómeno del envejecimiento. Este es un proceso multicausal en donde intervienen factores biológicos, psicológicos y sociales y, una de las maneras de articularlos es mediante la filosofía.

El siguiente ensayo se suma a otros cuyo objeto es comenzar a pensar en la necesidad para la gerontología, de fundar una filosofía del envejecimiento o, mejor dicho, una filosofía social del envejecimiento.

La sociofenomenología de Alfred Schütz¹ junto con la fenomenología de Edmund Husserl² son idóneas herramientas para ello debido a su concepción del tiempo y su propuesta tanto metodológica como teórica. El imperativo husserliano de “ir a las cosas mismas” supone una crítica muy fundada a la metafísica y una propuesta para analizar, desde su propia perspectiva, los diversos fenómenos que acontecen “en-la” vida social. Sus conceptos principales, aunque no necesariamente originales, son la reducción trascendental, el mundo intersubjetivo y el mundo de la vida.

La propuesta que traigo para este ensayo es primeramente del orden metodológico y se funda en entender la vida social incrustada en el mundo de vida (*lebenswelt*) en un mundo intersubjetivo y que nos posibilita comprender mejor el curso de la vida y los modos de existencia de cada ser humano, y, en segundo lugar, del orden teórico en relación con la aplicación de sus categorías adaptadas ahora a nuestro campo específico. Sostengo la idea de que la sociofenomenología puede ser un insumo interesante para el desarrollo y fortalecimiento de una sociología del envejecimiento.

En su primer punto, analizaré qué es el llamado tiempo físico objetivo y cuáles son sus principales características en relación al campo que nos convoca. Veremos

¹ Alfred Schütz (1899-1959). Filósofo austríaco. Discípulo de Edmund Husserl (1859-1938). Es el introductor de la fenomenología en las ciencias sociales y el fundador de la sociofenomenología. Por su calidad de judío, debió irse de la Alemania nazi a los Estados Unidos en donde ejerció una notable influencia en la sociología norteamericana, sobre todo en la Escuela de Chicago y en la UCLA.

² Edmund Husserl (1859-1938) Filósofo alemán nacido en Moravia y discípulo de Franz Brentano. Edmund Husserl fue un matemático que prontamente se dedicó a filosofar. Es el padre de la fenomenología trascendental moderna que es una de las filosofías más importantes y de mayor influjo del siglo XX, incluso hoy día podemos sentir su influencia. Fue rector de la universidad de Friburgo. Martín Heidegger (1889-1976) dedicó su famoso *Ser y Tiempo* a su maestro Husserl.

hasta qué punto su objetividad se liga con una subjetividad. Analizaré también en este primer punto la especificidad del tiempo subjetivo y su relación con el devenir existencial (la *durée*), sustento de una filosofía del estar-siendo que trasciende, por decir así, la filosofía del ser. En este punto, daremos cuenta de un fenómeno de reciente aparición y que es la aceleración del tiempo y cómo afecta, si es que afecta, la vida principalmente de los mayores. Hablaremos del tiempo “ocupado”, del tiempo “vacío” y del tiempo “desocupado”.

En el segundo punto, se dará cuenta de la relación entre tiempo, edad y expectativas de rol. Toda sociedad se da un sistema estratificado de edades entonces cabe la pregunta ¿Por qué todas las sociedades tienen un sistema estratificado de edades? ¿Qué función cumple? Veremos como la edad está ligada al transcurso del tiempo, algunas formas de “medirla” y clasificarla, y, sobre todo, cómo se ligan con la expectativa de rol como un modo de hacer más predecible la conducta humana. De esta manera, y ya adelanto parte de la conclusión, las edades son formas de ordenamiento social de las conducta humana al imponer orientaciones, no obstante y en virtud del cambio social-histórico, todo sistema de edad es dinámico y sujeto a cambios. De esta manera, podemos entender el paso de un modelo ternario de la vida a uno cuaternario. En este segundo punto, se analizará qué es el tiempo social, diferente y parecido al tiempo objetivo y al tiempo subjetivo.

En el punto III, analizaré qué es el ritmo, el *timing*, los momentos y los instantes no como parcelaciones del tiempo sino cómo se ligan con los recuerdos y con las dimensiones temporales. De esta manera, el ensayo irá preparándose para su conclusión.

Finalmente, este ensayo se propone como la proposición de unas bases para analizar el tiempo como un insumo de la gerontología social y de la sociología del envejecimiento en el convencimiento que nuestro campo de estudio, precisa de

estudios multi y transdisciplinarios para comprender el complejo proceso de envejecimiento social y humano que, de no morir, nos competirá a todos los que vivimos en este mundo.

I Análisis fenomenológico del tiempo

I.1 El tiempo físico-objetivo

El análisis del tiempo admite, creo, varias dimensiones: una dimensión “objetiva” o física externa a la conciencia del hombre y observable en el movimiento de los astros y por lo tanto sujeta a un calendario o al tic-tac de un reloj, y un tiempo subjetivo que también admite análisis segmentados. Veremos en las hojas que siguen, que estas diferenciaciones no lo serán tanto.

Sobre la dimensión objetiva no hay mucho para decir sino sólo que la física y la matemática, generalmente, son las encargadas de llevar adelante lo más denso de su análisis. Sin embargo, y en virtud de los procesos producto de la imposición social de la Modernidad, en todos sus modos, ha hecho que este tiempo impacte en la vida de las personas. Antiguamente, la dimensión objetiva del tiempo afectaba la vida de las personas en relación a los calendarios de siembra, temporadas de caza, etc., ya que lo relacionado al clima, estrictamente, no se relaciona con el tiempo subjetivo sino de manera secundaria. Quizás la primavera o el otoño, que son algunas dimensiones del tiempo objetivo, sean épocas más proclives a las lluvias, el invierno a las nevadas y el verano a las sequías, pero el clima solo recepta la nominación de tiempo en forma indirecta. En esta primera versión del tiempo físico objetivo, prácticamente no hay ningún ingrediente social. Posiblemente haya alguna interpretación del porqué de las estaciones, pero lo que quiero decir es que, en primera instancia, los días responden al movimiento de la tierra sobre su eje y alrededor del sol y lo que se significa es este doble movimiento (rotación y traslación). Acá podemos notar las dificultades que se tiene

para separar epistemológicamente lo que aparece unido. Con el correr del texto espero que se entienda mejor esta íntima relación entre los tiempos objetivo y subjetivo.

El desarrollo de la agricultura obligó a precisar lo mejor que se podía este tiempo. Las modificaciones en la naturaleza –la caída de las hojas de los árboles indicaba que de plantar en esta época, no sería abundante la cosecha, el calentamiento del clima sugería comenzar la siembra, etc.- motivaron, en virtud de su reiteración, que el hombre desarrollara algo así como un incipiente modo de medición o, mejor dicho, de esclarecimiento de este fenómeno. Luego, el hombre comienza a observar el cielo y también nota que hay estrellas, un sol y una luna y nota que esos astros no permanecen quietos sino que se mueven y que ese movimiento se reiteraba³ cada un tiempo que se podía calcular de forma muy fácil y, obviamente, trata de dilucidar a qué obedece ese fenómeno. Nota que, aproximadamente a los trescientos y pico de días o soles, esa estrella ocupa el mismo lugar que ya había ocupado y, anotando su movimiento en algún tipo de soporte, descubre que ha hecho un recorrido parecido a un círculo. Nacen, en consecuencia, los diversos calendarios⁴. Cuando dicha estrella estaba en la misma posición ya observada, es que volvían determinadas aves migratorias y coincidía con la floración de determinados árboles que darían frutos que serían un alimento para la comunidad. Cuando esas mismas aves se iban, coincidía con la caída de las hojas de ese mismo árbol y quizás con la llegada del frío. El hombre no podía no percibir dichos fenómenos. Así, entonces, y según mi punto de vista, que la reiteración de estos fenómenos debe haber llamado la atención a un grupo de personas que se dieron a la tarea de estudiarlos.

³ Esta reiteración es la que motivó, digo yo, el estudio del fenómeno que se repetía. Debe haber llamado la atención que “algo” se repitiera mientras otros fenómenos no. Justamente, la ciencia muchas veces, basa sus apreciaciones en lo que se repite antes que en lo original. La sociología suele prestar atención a aquellos fenómenos reiterativos antes que a los originales porque son, justamente, abordables metodológicamente.

⁴ El calendario es ya una “mezcla” del tiempo objetivo y del tiempo social. Ya lo veremos.

El hombre que observaba estos fenómenos, aprendía anotando estos cambios en un soporte que podía dejarse a la posteridad. Descubierta una forma de “medir”⁵ el tiempo –es decir, con alguna forma aunque sea embrionaria o sencilla de la matemática- el invento de las diversas maquinarias de medición era una “cuestión de tiempo”. El hombre inventa el reloj –de arena, clepsidra, de sebo, etc.- no ya para saber y medir el movimiento de las estrellas y su relación con la agricultura, la caza y la recolección, sino sencillamente para entender mejor su día. Hasta aquí, la medición del tiempo sólo se cristalizaba en alguna forma de calendario que no necesariamente contaban con los trescientos sesenta y cinco días y seis horas con que cuenta hoy. No todos contaban igual. No existían en ese entonces, los horarios.

Con el advenimiento de la Modernidad, el desarrollo industrial y los estudios científicos del trabajo, el reloj se transforma en un instrumento esencial para dominar, por decir así, la producción. Taylor, Ford, etc.⁶, estudian cuántos productos se pueden producir en, por ejemplo, una hora de trabajo honesto y el proceso de industrialización, entonces, se cronologiza tiñendo esta cronologización la vida social cotidiana. Ahora ya no será el ritmo de las estaciones lo que marque la vida de las personas, aunque esta influencia no desaparezca del todo, sino que será el silbato de la fábrica quien comience a regir la vida de millones de personas. La vida, en consecuencia, se cronologiza ante el imperio del reloj. Nacen los horarios. Y todo esto, si bien no forma parte del núcleo central de este ensayo lo debo mencionar, es resultado de la imposición de un modo de ver el mundo (*weltanschauung*) inaugurado por la Modernidad. No podemos comprender los fenómenos actuales ligados al tiempo y a la edad, sin

⁵ Sobre una adecuada forma de abordar la cuestión de las medidas y del acto de medir. Cfr. Marradi, Alberto (s/d). Medición, experimento, ley: el silogismo cientificista. Universidad de Florencia. Comunicación del autor. s/d. Material de trabajo.

⁶ Para mayor información Cfr. Coriat, Benjamín (1993): *El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*. Siglo XXI. Madrid.

mencionar que es desde la Modernidad, donde adquirirán parte de su significación. Justamente, la cronologización de la vida actual difiere de la cronologización de la Edad Media.

El tiempo objetivo (TO) y el tiempo subjetivo (TS) deben ser considerados como un hecho social⁷ tal como decía Durkheim ya que imprime, por decir así, una coacción a toda la existencia del hombre. Esta coacción funciona como un ordenamiento vital y por ello es posible de ser considerado un hecho social en la mirada del autor francés. Acá podemos notar cierto germen social en un tiempo que nos parecía objetivo y que, al profundizar el análisis, no parece serlo.

Es objetivo precisamente por su característica coactiva externa al hombre y es ordenadora porque fija pautas temporales que si bien pueden ser modificadas por el mismo hombre, no por ello dejan de cumplir su función ordenadora. En los últimos cincuenta u ochenta años, estas pautas temporales ordenadoras se han visto modificadas en razón del gran cambio social a nivel planetario. El despliegue por toda la geografía de un *ethos* occidental, racional e instrumental, ha impactado en los *ethos* tradicionales quienes han tenido que adaptarse a la nueva forma de “usar” el tiempo. Posiblemente, esta adaptación tenga un costo que trataremos de dilucidar.

Esta objetividad a la que hacía referencia y que sigue estando circunscripta exclusivamente a una artificialidad mensurable cuya responsabilidad le cabe al reloj, por procesos estrictamente sociales, va incorporando, justamente una

⁷ La definición de “hecho social” le corresponde a Émile Durkheim (1858-1917) y nos dice que un hecho social es toda manera de hacer susceptible de ejercer una coacción sobre los individuos y, por extensión, a una sociedad determinada conservando una existencia propia independiente de sus manifestaciones individuales. La característica principal que portan los hechos sociales es su capacidad de coacción sobre los seres sociales y el ejemplo más cabal de ello es el derecho. El derecho, dice Durkheim, es el hecho social por excelencia. Para mayor información sobre este tema Cfr. Durkheim, Émile (2012): *Las reglas del método sociológico*. Editorial Gorla. Bs. As.

dimensión social. No obstante, mi opción es continuar denominándolo TO para distinguirlo del tiempo subjetivo por razones de índole analítica y para una mayor comprensión de mis argumentos. Continuo.

Este TO nos “dice” qué es la mañana, qué es la tarde y qué es la noche y, a la vez, crea, por decir así, ciertas expectativas sobre el hacer temporal. La Modernidad y su lógica afectan estas expectativas y lo que ayer era esperable para “hacer en la mañana” hoy ya no lo es. Sin embargo, muchas de esas expectativas se mantienen y es la edad, ya lo veremos, quien las liga. Por ello, hoy día, seguimos esperando que un niño pequeño concorra al jardín de infantes de mañana o de tarde y nunca a la noche aunque pueda darse el caso en algunas fábricas o comercios que cuentan con una institución de este estilo para sus empleadas madres.⁸ Si antes la mañana era para estudiar o para trabajar, ahora ya no es así sobre todo si los agentes de esas actividades dejaron de ser niños y son, por ejemplo, adultos. El día continúa con su parcelación ligado a la luz solar, en definitiva ese TO es subsidiario del movimiento del sol, pero el sentido y las actividades que se realizan en ellas son lo que ha cambiado produciendo una especie de licuación, si se me permite esta palabra, del uso del tiempo. Pero este cambio no logra afectar, para la mayoría de las personas, ciertas costumbres que se mantienen: el desayuno sigue practicándose a la mañana, nadie desayuna a las siete PM. Habría, entonces, ciertas prácticas, más ligada a aspectos corporales que no admiten esos cambios aunque se acepte que haya gente que, por su trabajo, deba realizar su primer ingesta a las 14.00 horas y su día comience a las 16.00.

⁸ El llamado “tren blanco” es una formación especial que se puso a disposición para los llamados “cartoneros” que son trabajadores informales que recolectan especialmente papeles para su posterior reciclado. Este tren tenía su cabecera “cartonera” en la estación José León Suárez en donde se ubica la villa La Cárcova o la Carcova, como le dicen sus habitantes. También había un “tren blanco” que hacía su recorrido desde la estación Moreno a la estación Once y cumplía la misma función. En la estación José León Suárez, se instaló una guardería para que las madres “cartoneras” pudieran dejar a sus hijos e hijas mientras ellas “cartoneaban”. <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-3676-2007-10-31.html>

Lo particular, y que me interesa resaltar, es que es posible hallar una ligazón, un vínculo entre esta ordenación temporal objetiva y el sistema estratificado de edades. Cuando la TV nos informa que a las 22 horas ha finalizado el horario de protección al menor, sintetiza de una manera directa, lo que estoy diciendo. Evidentemente, para los programadores televisivos, y quizás como consecuencia de una imposición gubernamental, después de las 22 horas ya no debería haber menores frente a la pantalla y se pueden pasar novelas con escenas eróticas o películas con escenas violentas, etc. Acá, entonces, podemos notar cómo se mezcla en este sentido el TO y ciertas atribuciones de sentido social en ese tiempo.

Nadie espera, como dije, que un niño de cinco años concorra al jardín de infantes a las nueve de la noche o haga su primaria a la madrugada. Si bien aceptamos la escolaridad nocturna, ella sólo es posible para los mayores de edad y que, en general, son trabajadores. No es aceptable que un cincuentenario vaya al jardín de infantes. La sola mención “para adultos” nos da una clave para comprender la particularidad de la educación nocturna y es la vinculación que mencionaba sobre el TO como ordenador social y las edades. Si esto es así, cabe preguntarnos su porqué. La respuesta no es muy fácil pero podemos aventurar algunos caminos de indagación posible.

Si bien la Modernidad impacta en la existencia de los seres modernizados, este impacto no puede ir en contra de ciertas estructuras sociales y culturales que han sido eficaces en la evolución del hombre en sociedad, una de esas estructuras está definida por el sistema de edades. Si el hombre no protege a su descendencia, puede ver incrementada su vulnerabilidad; quiero decir, la familia se ha desarrollado para cuidar a sus miembros en sus primeros años de vida y garantizar así su reproducción. Son pocos los casos, estadísticamente hablando, de abandono de los niños, aunque existe. La mayoría de las familias se preocupan

del bienestar de sus niños y los cuidan, los miman, los protegen y los educan de una u otra manera y estas costumbres, si bien se transforman junto con los cambios sociales, mantienen sin embargo, esa inercia arrastrada desde siempre; la madre y el padre en general protegen a sus hijos y por ello adhieren a un ordenamiento temporal que se ha develado como eficaz cuyo producto o resultado es la evolución social⁹. Acá, entonces, y si mis argumentos son correctos, podemos encontrar la vinculación entre el ordenamiento temporal del TO y el sistema estratificado de edades. Este vínculo le da consistencia al sistema ya que la edad, cualquiera sea su definición y su fenomenología, se vincula con algún modo de ordenamiento temporal. Las edades están “ancladas” en algún tipo de ordenamiento temporal no necesariamente cronológico. No están “flotando” en un espacio ausente de sentido temporal. Entre edad y tiempo de vida, hay una estrecha relación y este tiempo de vida está ligado al TO.

El TO es una de las claves para comprender el sistema estratificado de edades y si bien no es posible *a priori* y en forma directa vincularlo con las expectativas de rol, podemos intuir que, aunque sea *a posteriori* y en forma indirecta, existe una vinculación. Espero que esta relación quede más clara cuando se analice la edad y las expectativas de rol.

Desde el punto de vista de la física, cada minuto de tiempo es exactamente igual a otro minuto de tiempo y lo mismo podemos decir de los segundos, las horas, los años, etc. vemos que este tiempo físico y objetivo, carece de un contenido simbólico y se reduce a su medición que, como se puede observar, obedece a parcelaciones artificiales realizadas por el hombre. El tiempo físico objetivo, no

⁹ Lo dicho no debe interpretarse como una apología de la familia sino indicar cómo ésta institución social cumple determinadas funciones que son eficaces y necesarias para la producción y reproducción social. Hay ocasiones en que la familia no cumple esta función y es la fuente de maltrato, violencia, etc. Para mayor información sobre el maltrato Cfr. Oddone y Mariluz: Aportes para un debate sobre el maltrato en la vejez. En *Los adultos mayores y la efectividad de sus derechos*. Grosman, Cecilia (compiladora) Rubinzal-Culzoni. Bs. As. 2015.

“sabe” de mediciones y es el transcurrir puro. Pero esta objetividad, si bien existe, va admitiendo influencias de la sociedad y, en consecuencia se va socializando sin perder el carácter de objetividad que se ha señalado. No llega a ser un concepto híbrido, aunque quizás sí lo sea.

I.2 El tiempo subjetivo

Pero el TO no es el único formato del tiempo. Dentro de la concepción temporal que se propone, existe un tiempo subjetivo y, dentro de él, se comprende la *dureé* que manifiesta Henri Bergson¹⁰, y cobra sentido el ordenamiento al que nos somete el tiempo. Aquí es posible encontrar al menos dos modos de tiempo: el tiempo objetivo del que ya se ha dicho algo y el tiempo subjetivo (TS). Posiblemente existan otras formas de comprender el efecto del tiempo en la existencia humana y las mencionadas no sean las únicas pero son las que analizaré en este ensayo dejando para otro momento el análisis e indagación de las otras formas.

El TS es un tiempo heterogéneo y discontinuo de comprensión interior e individual. Aquí lo que sucede en un segundo es diferente de lo que sucede en otro, no solamente acontecen eventos sino que su atribución de sentido hace la diferencia. En el TS, hay una densidad diferente a la del TO. El TS está relacionado con las sensaciones. Cada ser tiene una sensación sobre el tiempo que colabora en la donación de sentido de este modo de tiempo.

¹⁰ Henri Bergson (1859-1941) ha sido un filósofo que recibió el premio Nobel en 1927. Su idea de *dureé* nos trae extremas complicaciones porque su autor la ha definido de varias maneras a lo largo de sus escritos. A los efectos de este ensayo, propongo entenderla como una sucesión dinámica y móvil. Lo que caracteriza a la *dureé* es su capacidad de fluir. Debido a esta fluidez y dinámica, cualquier definición que hagamos de ella, la estatiza deshaciéndola, por ello no se la puede definir y debe ser comprendida. El sinónimo que me parece más adecuado es el de duración; si la duración se detiene, deja de ser.

El TS no se puede comprender sin el TO por ello, si bien diferente, tiene vinculación, aunque sea en forma indirecta, con el TO. Es posible decir, con reservas, que el TS es subsidiario del TO pero su sentido no depende de él.

En cambio el TS o *dureé* es otra “cosa”. Depende de una atribución de sentido propio del ser y del estar (Rodolfo Kusch¹¹).

Cada uno de nosotros “vivimos”, si es que se puede decir así, ese TS a “nuestra manera” y nos singularizamos al vivir de “esa manera”. En el despliegue de nuestro curso de vida, la vivencia del TS colabora, junto con los eventos que nos acontecerán, en imprimir su singularidad a nuestra existencia. Esta “manera” a la que aludo, no es un *ethos*, aunque se vincule a él, sino que es un modo de existencia. Las diferentes significaciones que le atribuimos a los eventos generales que impactan en todos los seres humanos y que son transhistóricas y transtemporales como nacer, educarse, casarse, ser padre/madre, trabajar, enfermarse de gripe, viajar, jugar, nutrirse, etc., son significadas diferencialmente por cada uno de nosotros. Esta significación, y no esos eventos, son los que nos singularizan mientras vamos viviendo. Como dicen Rodolfo Kusch y Enrique Dussel¹² “vamos siendo mientras estamos” y mientras lo hacemos, no solo existimos sino que envejecemos. De esta manera, el curso de vida y la particular significación que hacemos de los eventos esperables –ya ejemplificados- y los

¹¹ Rodolfo Kusch (1922-1979). Este autor argentino se preocupó por estudiar al hombre situado en su tierra y por ello se dedicó al estudio y análisis de las comunidades originarias, principalmente del norte argentino. Enrolado en las corrientes nacionales y populares, se preocupó por encontrar palabras propias para comprender nuestras problemáticas y por ello, perseguido por el gobierno militar de 1976, se radicó en Maimará donde murió. Su filosofía del estar-siendo, supone una vuelta de página a la filosofía del ser de Martín Heidegger porque vincula al ser con su tierra (la Pacha Mama) que es donde el ser afina su existencia. Para mayor información Cfr. *América Profunda*. 2007. Bellido ediciones. Lima.

¹² Enrique Dussel (1934). Es un pensador argentino, naturalizado mexicano, y que podemos enrolar dentro de una tradición de pensamiento influenciado por las ideas nacionales y populares. Sus trabajos son contrarios al helenismo, al occidentalismo y al eurocentrismo rescatando las miradas propias de nuestro continente. Su postura filosófica es conocida como “giro descolonizador” y tiene puntos de contacto, sobre todo en relación a la filosofía del “estar-siendo” de Rodolfo Kusch. Fue rector de la Universidad Autónoma de México.

inesperados, son la base del envejecimiento diferencial¹³. Cuanto más tiempo vivimos mayor probabilidad de ser actores y testigos de una mayor diversificación de eventos que nos acontecerán y la significación que le atribuimos colabora en nuestra singularización y por ello nos diferenciamos sin perder nuestro carácter social. Nuestra singularización no es una singularización que nos aísla sino todo lo contrario, confirma nuestra razón existencial bajo el modo social-colectivo. Somos mientras vamos “estando” y en este “estar” existimos y envejecemos según el modo particular de nuestra existencia. Esta mirada que propongo, junto con los pensadores citados, devela el vínculo entre el yo y la sociedad, entre el individuo y “lo” social. Sintetiza, de alguna manera, ese difícil vínculo, siempre tan impreciso, tan ambiguo y, sin embargo, fundante de la existencia humana, que es la relación individuo-sociedad.

Si bien es posible rastrear condicionamientos externos que afectan nuestro TS, lo determinante es nuestra propia atribución de sentido.

El TS es una condición interna para el despliegue del sentido interior de nuestra existencia y es el que nos indica que hay un tiempo “ocupado” que responde a las pautas esperadas condicionadas por las expectativas de la edad. El tiempo “ocupado” es el tiempo para las tareas “esperadas” como trabajar, estudiar incluso divertirse. Es el tiempo legal y legítimamente condicionado que responde a las expectativas sociales para cada edad. Esta legalidad y legitimidad, conformará el tiempo social del que ya se hablará.

El niño “ocupa” su tiempo en la escuela, en el club y con sus amigos de juego. El adulto “ocupa” su tiempo en la fábrica, en la oficina, en el supermercado haciendo las compras semanales y, cuando “ocupa” su tiempo en el cine o divirtiéndose en

¹³ El concepto de “envejecimiento diferencial” proviene de la sociología del envejecimiento y alude a que, a mayor tiempo de vida, mayor es la diferencialidad entre cada sujeto pues hemos sido actores de muchos eventos. Rompe con el mito de que, en la vejez, nos volvemos niños. A medida que envejecemos, la diferencia entre nosotros, es mayor.

el *shopping*, está haciendo uso de su tiempo “libre” que forma parte del tiempo “ocupado” Por su parte, el viejo puede “ocupar” su tiempo viajando con el centro de jubilados, leyendo, jugando con sus nietos, etc. La característica central del tiempo "ocupado" y del tiempo “libre” es su asignación de sentido; es un tiempo “lleno”, un tiempo en donde hacemos “algo”.

Si bien podemos hacer una distinción¹⁴ entre tiempo “ocupado” y tiempo “libre” entendiendo por este último el tiempo que “sobra” después de las actividades esperadas y que está a disposición del ser para lo que quiere; tiendo a pensar que esta libertad puede ser un imperativo a ocuparla. En una sociedad de consumo, vertiginosa, en donde el “tiempo es oro”, hay condicionamientos sociales coactivos que “obligan” al ser a ocupar ese tiempo libre; por ejemplo, haciendo gimnasia para tener un cuerpo modelado a los patrones esperados, ir de compras de productos suntuarios cuyo consumo no es de primera necesidad, etc. Distingo, en este caso, el tiempo “libre” del ocio. El ocio es “otra cosa”.

En la sociedad pretérita, sobre todo en la Antigua y en la Medieval, el hombre libre, no necesitaba ocupar su tiempo en el trabajo, para ello estaban los siervos y los esclavos. Ese hombre disponía de tiempo para el ocio lo que daba origen a la vida contemplativa. Todos recordamos las primeras clases de filosofía a las que asistimos en nuestra juventud en donde nos enseñaban cómo el filósofo se asombraba ante el espectáculo bello de la naturaleza y, cómo disponía de tiempo, es decir, ocio, podía dedicarlo al pensamiento contemplativo. Parménides de Elea

¹⁴ Si bien en la literatura gerontológica el tiempo “libre” y el tiempo “ocupado” suelen ser analizados en forma diferente, sostengo la idea que el tiempo “libre” en la sociedad posindustrial, forma parte del tiempo “ocupado” ya que hay imposiciones sociales para que esa libertad sea ocupada haciendo “algo”. No obstante, se puede seguir sosteniendo la distinción para una mejor analítica de la cuestión.

¹⁵ solía caminar dejando que su pensamiento vagara en busca del *logos*. Esta es la representación que nos hacemos, generalmente, del ejercicio de la filosofía.

En la Edad Media, se deberá disponer de tiempo para la contemplación de la magnificencia de la Creación y la actividad solo era honorable en el caso de los guerreros o los aristócratas. La actividad comercial no estaba bien vista. El ejercicio físico, en esta Edad, solo estaba reservado para los nobles guerreros. Vuelvo a reiterar que estas eran sociedades donde había relaciones de vasallaje cuando no de esclavitud.

Con la Modernidad y el desarrollo del pensamiento calvinista¹⁶ se pasará de la vida contemplativa a la vida activa. Ahora el trabajo será una actividad bien vista por Dios. El éxito en el trabajo es un signo de que Dios nos ha elegido.

De la sociedad tradicional asentada en el trabajo servil, pasaremos a la sociedad moderna asentada, y ligada, por el trabajo asalariado, y si antes el trabajo era un medio para obtener el sustento, en la sociedad industrial mecanizada, va consiguiendo independizarse y, manteniendo su condición de medio de obtener el sustento, se convierte en un fin en sí mismo. En esta conversión, va creando su propia temporalidad de la que ya dijimos algo. La sociedad de consumo produce tiempo “ocupado” y tiempo “libre” y el ocio queda como una especie de residuo inesperado e incluso impugnado. Lo que ayer era una condición para el pensar –la

¹⁵ Parménides de Elea nació entre el 515 y el 530 AC en la ciudad de Elea, Grecia y murió alrededor del 470 AC. Filósofo pre socrático. Primero adhirió a la escuela pitagórica pero después fundó la propia. Su aporte a la filosofía es su análisis del ser en donde afirmaba su continuidad y rechazaba todo tipo de cambio. Su famoso principio “El ser es” nos induce a pensar que es lo que permanece. El ser es uno y los cambios son meras ilusiones dice el filósofo de Elea. La pregunta que se hace Parménides, y que será retomada por Martín Heidegger en *Ser y Tiempo (1951)* es “¿Por qué hay ser y no hay otra cosa?” en donde, desde mi perspectiva orientada fenomenológica y pragmáticamente aceptando el cambio como lo que es, se puede responder con otra pregunta: ¿Por qué habría de haber otra cosa que ser?

¹⁶ Weber, Max (1911): *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. La Red de Jonás. Premia editora. México.

vida contemplativa- hoy se ha transformado en lo que debemos evitar. Sin embargo, no hemos dejado de filosofar.

La Modernidad con su impronta general e integral, ha transformado nuestra apreciación temporal. En la Modernidad se inserta, ya no en términos posibles sino concretos, falsamente concretos, la “pérdida de tiempo” y que es fuente de una angustia existencial particular. Antaño, no se “perdía” el tiempo.

Una de las consecuencias que trajo aparejado la Modernidad en relación al tiempo es que lo ha transformado en un fetiche y en una mercancía, y por ello se puede “perder”. El tiempo mercantilizado-fetichizado pasa a ser una especie de “propiedad” del hombre y este cree, falsamente, que lo puede atesorar como se atesoran las mercancías. Esta es una falsa creencia porque ¿cómo se puede atesorar lo que fluye, lo que es inatrapable, inasible?

El costo de esta mercantilización-fetichización es a expensas del hombre que se engaña creyendo que el tiempo se “pierde” en su modo de desperdicio. “Perder” el tiempo es sinónimo de malgastarlo, desperdiciarlo.

Contrario al tiempo “ocupado” está el tiempo “desocupado” que es resultante de la falta de sentido del tiempo no ya producto de su aceleración (Byung-Chu-Han 2015), sino producto de su pérdida de sentido. El tiempo de los enfermos terminales, en algunos casos, el de los presos, el de los internados, etc., muchas veces es un tiempo que no dura, ha desaparecido la duración y solo es transcurso vacío de sentido y esta ausencia es angustiante para la vida de quien “soporta” el tiempo “desocupado”. Cuando el tiempo se “soporta” y no es meramente vivido, la existencia se resiente. Es el tiempo que no admite duración, es un tiempo totalmente des-fluido, que no fluye, no “pasa nunca” y en él, puede emerger el aburrimiento sistémico. Cuando el viejo ya no recuerda, no por una patología pseudodemencial sino porque no consigue donarle sentido, estamos en presencia

de una calidad patológica del tiempo y es lo característico del tiempo “desocupado”.

El tiempo “desocupado” es un tiempo vacío o vaciado, es donde “no hay nada para hacer” y emerge el aburrimiento que no es lo mismo que el ocio.

En una ocasión en que realice un trabajo de campo en la Unidad 2 del Servicio Penitenciario Federal investigando la vida cotidiana de los viejos presos, observe en el pabellón en donde realizaba mi tarea, que uno de los internos de aproximadamente setenta años, sacaba una papa de su “rancho”¹⁷, la llevaba a un lugar conocido como “palito” que era donde estaba la cocina, las piletas y algunas mesas para la comida. Este interno lavaba la papa, la pelaba y la volvía a llevar a su “rancho”, tomaba otra y repetía la operación. Asombrado ante esta conducta me acerqué y le pregunté el motivo de ella a lo que me respondió:

- ¿Sabes qué pasa? Esta es una forma de ocupar el tiempo, sino lo ocupo me “cajeteo”¹⁸ todo el día. (Testimonio. Varón. U2. Devoto 1998)

En el tiempo “desocupado” suele emerger el aburrimiento pues no “hay nada para hacer” y puede ser un factor de estrés. En la vejez, en ocasiones, suele aparecer el aburrimiento.

El aburrimiento que, como dije, es diferente al ocio, es el resultado del tiempo vacío y no se lo “llena” con actividades ya que hay algo dentro de esa persona que

¹⁷ El “rancho” es la unidad de convivencia mínima en el pabellón. Es tanto las relaciones que se establecen entre un grupo no mayor de cinco o seis internos pero también es el espacio físico definido por las camas (“palmeras” en el *argot* carcelario) y los roperos (“burras”). El “rancho” no solo ofrece protección, compañía y suministros sino que, en ocasiones, la incorporación de un interno puede ser obligada sabiendo que, en virtud de su condición económica, puede ser positivo habida cuenta de que su familia le llevará paquetes de comida, cigarrillos, ropa, etc. (“bagayos”). Mariluz, G (1996): *Vida cotidiana de viejos presos*. Serie: Cuadernos de Política Social. Defensoría General Comunal. Defensor del Pueblo. Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

¹⁸ “Cajetearse” significa pensar en la familia, la causa, lo que se perdió, etc. Es una forma de “darse manija”, de pensar desagradablemente. “Cajetear” es pensar con estrés.

ha hecho que se haya perdido, por decir así, algún tipo de motivación. Cuando en la vejez se instala el aburrimiento, la posibilidad de transformarlo es muy difícil, a veces ni siquiera la visita de familiares logra “sacar” a la persona de ese estado.

Esta condición es observable, casi como una norma, en muchas instituciones de internación geriátrica. El interno se levanta temprano, desayuna y luego no tiene más “nada que hacer” salvo estar sentado frente a una TV viendo, muchas veces, el programa que eligió alguna mucama. En estas instituciones, si la salud no se ha deteriorado mucho, el viejo debe disponer de distintos tipos de recursos para evitar el aburrimiento. Suele suceder que, en la visita de sus parientes o de algún terapeuta, se de una conversación larga porque, de esa manera, “ocupa el tiempo”. Los que nos hemos dedicado a hacer entrevistas u observaciones en este tipo de instituciones, solemos encontrarnos con la siguiente demanda: “¿Vas a volver? ¿Cuándo venís de nuevo?” y sabemos que nos esperan porque pueden hablar, conversar y romper esa rutina típica de las instituciones de internación.

Otra cuestión interesante para analizar es aquella que se relaciona con la frase “en mis tiempos...”. Se suele escuchar en conversaciones casuales y en entrevistas en profundidad en ocasión de alguna investigación que, para designar un elemento significativo especial o para denotar mayor importancia a lo que se va decir, el entrevistado o nuestro amigo/a nos diga “en mis tiempos, los niños respetaban a los adultos”, “en mis tiempos, las mujeres eran mucho más recatadas en la playa”, “en mis tiempos, costaba más ganarse la plata”. No se dice “en aquella época” o “en el año...” sino que la frase “en mis tiempos” denota la pertenencia a un tiempo que ya pasó lo que nos hace pensar, digo yo, que esa persona no está viviendo “su” tiempo si no un tiempo que “no es de él”. Esta situación, casi de índole metafísica, nos sugiere que existen factores temporales disruptivos que entorpecen, por decir así, la temporalidad en la que se vive. Una

posible dimensión, la podemos encontrar en los vínculos y en las unidades generacionales y por ello esta frase se escuche casi con exclusividad en la vejez. Algunos viejos, pueden pensar que ya pasó “su cuarto de hora” y que están viviendo un “tiempo de prestado”, y más allá de la vinculación que tienen estos sentidos del tiempo con su vida actual, no deja de sorprender, justamente, la especial y singular significación otorgada a un tiempo del que uno no se siente parte. Formará parte de la psicología, creo, dar cuenta de este fenómeno, toda vez que impacte en la calidad de vida de la persona. Desde la sociología, nos conformamos con señalarlo y advertir sus implicancias.

El TS, al contrario del TO, no es susceptible de medición. No hay un calendario o un reloj que nos indique cómo pasa el tiempo sino que es una apreciación interior y esta interioridad es su clave.

Una de las características de este tiempo es que en él se dan los recuerdos; estos no son posibles en el TO. El almanaque, realmente, no nos permite recordar sino que nos avisa qué debemos recordar. Es un “ayuda memoria”, no es la memoria en sí misma.

Recordamos en el TS y en este ejercicio se suelen confundir las dimensiones temporales (pasado, presente y futuro). El TS implica una tensión de la conciencia (Schütz) diferente y parecida a la del sueño. No es la tensión de la conciencia de la vigilia ni es la tensión de la conciencia en el sueño sino que se ubica como en el medio de ellas. El TS diluye esa tensión temporal de la vigilia y por ello es una “tierra fértil” para que emerjan los recuerdos. Así, entonces, en el tiempo de apreciación subjetiva, podemos recordar a nuestros abuelos “como si” estuvieran vivos o hechos del pasado que se proyectan al futuro. En el TS el presente no

cumple su función de actualidad sino que, generalmente desaparece o se diluye. En el TS, la dimensión espacio-tiempo no “es” la misma que en el TO.

“Dentro” del TS, si se me permite expresarlo así, la existencia singular de cada uno de nosotros se descubre hacia su particular interioridad y nos devela únicos en la generalidad. Es el “espacio temporal” del Yo que, si bien no está aislado del “mundo-allí”, suspende sus ligazones en una especie de *epoché*¹⁹ para que el Yo singular se atrape, por decir así, a “sí-mismo”. Este TS puede ser la clave para la integración del Yo a una vida plena o su contrario, la desesperación que nos anuncia Erik Erikson²⁰ y también la angustia existencial.

Uno de los problemas que podemos pensar y que afectan al ser de una manera diferente que en la antigüedad, está representada por las diferentes apreciaciones que hacemos del uso del tiempo. Byung-Chul-Han²¹ nos dice en forma extremadamente clara:

Hoy día, las cosas ligadas a la temporalidad envejecen mucho más rápido que antes. Se convierten en pasado al instante, y, de este modo, dejan de captar la atención. El presente se reduce a picos de actualidad, ya no dura...el tiempo se presenta como una avalancha porque ya no cuenta con ningún *sostén*²² interior. (Han 2015:18-19)

¹⁹ La *epoché* es el método de la fenomenología de cuño husserliano. Significa literalmente “poner entre paréntesis” el mundo y analizar lo que “queda”. Su origen es griego y formó parte del arsenal de la escuela escéptica y significa “suspender el juicio”. El ejercicio de la *epoché* debe valorar a la realidad ya que, después de ponerla entre paréntesis se devela tal como es. De esta manera, la realidad puede ser analizada desde la ausencia de los valores introyectados en el hombre por diversos medios y lo que queda es la percepción pura. La *epoché* es la clave, por decir así, para la reducción trascendental.

²⁰ Erik Erikson (1902-1994) Psicoanalista. Integró el análisis freudiano y la antropología cultural. Propuso el desarrollo de la identidad mediante etapas sucesivas, (ocho edades). La última de ella, y que corresponde a la vejez, fue definida como “integridad del yo vs. desesperación. Al llegar a la vejez, nos dice Erikson, el hombre o bien se encuentra integrado a su familia, a la comunidad, etc. o está desesperado ante la inminencia de la muerte porque no hay podido cumplir con sus expectativas vitales.

²¹ Byung-Chu-Han (Seúl 1959): Filósofo coreano que estudió en Alemania. Experto en estudios culturales.

²² En el original.

Este fenómeno es definido por el autor coreano formado en Alemania como aceleración del tiempo y afecta, principalmente, a los hombres que habitan la Modernidad.

Cómo se puede apreciar, y a tono con el sentido de este escrito, ese *sostén* interior es lo que llamo TS. La particularidad que me interesa destacar del fenómeno aceleratorio es la abundancia de eventos a los que estamos obligados a asistir ya como actores ya como testigos. La vida, con su vertiginosa actualidad, nos conmina a una rapidez que fluye en forma acelerada produciendo eventos más eventos más eventos y en esta aceleración, la *dureé* no puede establecerse y el ser deja de “estar-en-el-mundo” y se pierde en un tiempo artificialmente acelerado. Pero eso no es todo. Si ya Sartre²³, al analizar las dimensiones temporales, nos hablaba de que la única dimensión susceptible de ser captada por la conciencia es el presente, ahora y en virtud de la aceleración, el presente adquiere una fugacidad total que lo diluye y lo convierte prontamente en pasado acercando, no paradójicamente, el futuro. Trataré de ser más claro.

Si el tiempo no está acelerado, como sucede en la actualidad, y su génesis es propia de una sociedad tradicional, el presente es duración estable. El mañana, en una sociedad no industrial, es esperado en una dimensión regida por el recorrido del sol en el firmamento. El pasado, en consecuencia, es “más lento” y contiene menos “cosas”, hay menos eventos en ese pasado no acelerado que los que hay, ya lo veremos, en un pasado atestado de eventos. El futuro, por su parte, es una esperanza que advendrá “a su tiempo” que, obviamente no sabremos cual es y por ello es una esperanza bifronte: como espera del advenir y en su sentido tradicional y como un tipo especial de optimismo. El futuro está alejado del

²³ Jean-Paúl Sartre (1905-1980): Filósofo francés, ensayista, autor teatral, novelista, existencialista y activista político. La figura de Sartre ha cobrado una dimensión importantísima y su lectura es indispensable para entender la filosofía del siglo XX. Ha debatido con los principales pensadores del siglo XX sobre todo con Martín Heidegger (1889-1976). Es imposible poder sintetizar quien fue Sartre en una nota al pie de página por eso me excuso de continuar con esta tarea.

presente y esta distancia es la clave para su comprensión. Cuando el futuro está más allá del presente, como sucedía en la sociedad tradicional, hay más espacio existencial para la esperanza, pero no es esa esperanza utópica sustentada en una confianza en el azar o en el destino, sino la esperanza del esperar, del saber del advenir certero. Es la esperanza sustentada en un saber fáctico no fetichizado, es la esperanza de saber que, si vivo lo suficiente seré abuelo/a, que veré florecer el árbol que planté hace dos años, no es la esperanza de ganarme la lotería o, si el dólar baja, poder irme de vacaciones al Caribe. Es una esperanza sustentada en la espera del advenir seguro que me trae el ritmo adecuado de los tiempo. En cambio, con el tiempo acelerado, hay un trastocamiento de estas dimensiones temporales. El presente, plagado de acontecimientos, muchos de ellos fetichizados, está repleto y se ha agrandado, justamente, para que “entren” todos ellos en el día. Ya no nos regimos por el recorrido del sol en el cielo, sino por el reloj y la agenda. En consecuencia, el pasado está muy próximo al presente y está repleto de posibles recuerdos y el futuro, ayer distante y representado en lustros y en décadas, se cristaliza en un mañana cercano y próximo que, de alguna manera, lo diluye. En este presente continuo y acelerado, “no hay” tiempo para pensar en la eternidad. La vida se presentifica demasiado.

El impacto es tremendo pues ya no es posible recordar como antaño. El pasado, al estar plagado de eventos, puede proponernos un ejercicio de la memoria difícil de cumplir; si hay mucho para recordar ¿cómo elijo qué recordar? ¿Qué sentido tiene este ejercicio de la memoria? Si mi pasado solo contenía eventos como mi casamiento, la compra de mi casa, el nacimiento de mis hijos, de mis nietos, la muerte de mis seres queridos, etc., era relativamente fácil “saber” qué recordar pues todos los de mi generación, al haber vivido más o menos a la misma edad los mismos eventos, nos identificábamos en los recuerdos. Ahora, en cambio, al haber más eventos que recordar, me es imposible o muy difícil hacerlo y los

recuerdos van perdiendo esa función de ligazón inter e intra generacional. Si surge la imagen de Funes²⁴, el personaje de Borges, no es casual.

Cuando los recuerdos estaban a disposición en un pasado posible, alejado del presente, su ejercicio colaboraba con la construcción de nuestra identidad generacional. Todos los miembros de una generación podían recordar los eventos ya que todos habían sido actores o testigos de ellos. Es el llamado “efecto cohorte”²⁵. Hoy día, al contrario, como hay una multiplicidad de eventos por recordar, cada uno de nosotros, nacidos en la misma agrupación de años, ya no elegimos recordar lo mismo sino cada uno recuerda el evento que elige y que no necesariamente es compartido. Quizás elija recordar un viaje con el grupo de compañeros de trabajo antes que el viaje realizado con mi familia, quizás recuerde la compra de mi último coche antes que la ceremonia de quince años de mi hija, y en esta elección, el proceso de construcción de identidad, si bien no se diluye, cambia y este cambio nos debe afectar de alguna u otra manera.

²⁴Ireneo Funes es el personaje de un cuento llamado “Funes, el memorioso” escrito por Jorge Luis Borges. Funes es un muchacho que vive en el campo y que tiene un accidente por el que comienza a recordar todo. Transcribo un fragmento del cuento para darnos una idea de lo que quiso contarnos Borges: “Nosotros, de un vistazo, percibimos tres copas en una mesa; Funes, todos los vástagos y racimos y frutos que comprende una parra. Sabía las formas de las nubes australes del amanecer del 30 de abril de 1882 y podía compararlas en el recuerdo con las vetas de un libro en pasta española que sólo había mirado una vez y con las líneas de la espuma que un remo levantó en el Río Negro la víspera de la acción del Quebracho. Esos recuerdos no eran simples; cada imagen visual estaba ligada a sensaciones musculares, térmicas, etcétera. Podía reconstruir todos los sueños, todos los entre sueños. Dos o tres veces había reconstruido un día entero; no había dudado nunca, pero cada reconstrucción había requerido un día entero. Me dijo: “Más recuerdos tengo yo solo que los que habrán tenido todos los hombres desde que el mundo es mundo”. Ireneo Funes al recordar todo no podía ejercer la memoria ya que este ejercicio implica algún tipo de elección. Tener memoria no significa recordar todo, sino elegir qué recordar adjudicándole un sentido a ese ejercicio. Funes, al recordar todo, no puede elegir qué recordar y por ello, no ejerce la memoria.

²⁵ El efecto cohorte es un modelo para el estudio evolutivo de las personas. Una cohorte es un concepto proveniente del campo de la demografía y define a un grupo de personas que han nacido en una específica agrupación de años, y por ello se supone que comparten determinados atributos en relación a la edad. Una cohorte, entonces, se define de acuerdo a esa agrupación de años por ejemplo, la cohorte nacida entre los años 2013-2015. Otra definición es en el campo educativo. Se conoce como cohorte educativa al grupo de estudiantes que se han graduado en un específico año, en este caso, la cohorte es sinónimo de promoción.

Las vinculaciones generacionales se trastocan justamente porque hay tal cúmulo de eventos acontecidos que nos es muy difícil identificarnos sólo por haber nacido en una agrupación de años cronológicos. Este es un aspecto que no impacta en los viejos de hoy quienes se identifican generacionalmente por medio de los modos usuales.

Muchos de los viejos actuales, comparten lo que se conoce como puntos de inflexión históricos (*historical turning point*) y, a partir de este reconocimiento, comparten un sentido histórico de pertenencia. Pero las actuales generaciones jóvenes ya adultas que viven un presente acelerado y repleto de acontecimientos, posiblemente carezcan en el futuro, de clivajes generacionales identificatorios que les permita compartir significados. Sin embargo, esta particularidad no tiene porque afectar negativamente su proceso de identificación pero no lo sabremos hasta que podamos hacer estudios al respecto²⁶.

La aceleración del tiempo, entonces, no es un acontecimiento neutral sino que nos afecta, sobre todo, en el ejercicio del recuerdo debiéndose destacar que hay otras afectaciones que no dilucidaré en estas líneas.

A partir de lo dicho, creo que podemos ir entendiendo un poco mejor cómo afecta esta aceleración del tiempo la vida en la vejez. Los viejos de hoy no participaron de este proceso sino que son testigos pasivos de este cambio y no hay estructuras culturales ni palabras en su vocabulario que puedan designar, y dar sentido, a esos cambios. Viven en un tiempo desconocido, un tiempo que no les “pertenece” - aunque sí les pertenece- y que sin embargo los contiene. Muchos pueden adaptarse a este tiempo e incluso lo aprovechan, pero otros no. Y este fenómeno, se hace más profundo en la actualidad que antaño. Cuando los viejos eran pocos

²⁶ Para los interesados en profundizar estas cuestiones, pueden consultar la obra de Karl Manheim especialmente un artículo publicado en la *Revista española de investigación sociológica* titulado “El problema de las generaciones” aparecido en el volumen 62, páginas 193 a la 242 del año 1993.

en la sociedad, si bien no participaban íntegramente en la sociedad, vivían “en-el-tiempo” de esa sociedad. No necesariamente eran venerados o respetados pero sabían muy bien que su experticia de vida actualizaba su consideración. Sus saberes podían ser útiles porque la vida no estaba acelerada. Los cambios existían pero no eran ni tantos ni de tan profundidad. Hoy día, en cambio, sus saberes quedaron obsoletos incluso antes de llegar a ser viejos. La tremenda vertiginosidad del tiempo y de los cambios tecnológicos impacta de tal manera en el imaginario social y en la vida fáctica de los hombres, que deben desarrollar alternativas adaptativas de todo tipo para no quedar destemporalizados. El avance de la técnica, de los nuevos saberes, de la magnitud de la información, obliga a una permanente adaptación y, como consecuencia de la aceleración del tiempo, asistimos a una permanente desactualización. Los hoy llamados “nativos digitales” probablemente, si no aprenden a aprender, quedarán desactualizados ante los nuevos “nativos...” vaya a saber de qué denominación.

Lo que es importante entender para el sentido de este ensayo, es cómo afectan estos cambios temporales y la concepción del tiempo en las edades, sobre todo en las edades propectas para entender no sólo su impacto actual, sino cuáles serán las modificaciones que debemos esperar en nosotros que estamos envejeciendo.

El análisis y comprensión de qué es y cómo se vive el TS, nos puede brindar algunas pistas para seguir el derrotero de una forma particular de nuestra existencia.

Si a lo dicho le sumamos la consideración de Nietzsche²⁷ en relación a la muerte de Dios, podemos entender, desde la filosofía de la historia, una manera diferente del TS.

²⁷ Federico Nietzsche (1844-1900). Filólogo y filósofo alemán. Al igual que Jean-Paúl Sartre, la figura de Nietzsche es tan conocida que es imposible, e inadecuado, resumir su obra en un pie de página.

Con el surgimiento o invención de la Modernidad el hombre o bien mató a Dios o sencillamente lo des-precia, le “baja” su precio, lo desmerece arrojándolo al cajón de los trastos viejos. De esta manera, descompone el tiempo, sobre todo el tiempo escatológico y la eternidad, y compone un tiempo nuevo que es el tiempo de la Modernidad que, como se está diciendo, es un tiempo acelerado.

Dentro de este nuevo tiempo, cobra mayor importancia el TS mucho más ligado al individualismo consumista y que culmina en un nihilismo angustiante. Cada sociedad histórica se “da” su propia concepción del tiempo, se lo crea para sí misma. No hay sociedad conocida que no tenga alguna comprensión temporal, incluso puedo aventurar a decir que una de los hechos fundantes de la sociedad y que la aleja de la horda, es alguna forma de comprensión del tiempo. Al crear una comprensión de los eventos insertos “en-el-tiempo” crea, además, las expectativas que cada tiempo portará “en-sí”. En este caso, es posible decir que, junto con la atribución de sentido del tiempo, se crean también un sistema de edades que será estratificado como consecuencia obligada. Las categorías de esa estratificación pueden comprender al sujeto no nacido como al sujeto ya muerto. La etnografía nos suministra datos para comprender que existen nominaciones etéreas para el niño dentro del vientre y para el hombre o mujer que ya murió y que todavía anda deambulando en busca del “paraíso”.

Dos palabras más sobre lo dicho. Los estudios etnográficos y, sobre todo los etnogerontológicos, nos indican cómo se “vive” el tiempo en las comunidades originarias. En la vida rural, agrícola de estas comunidades, alejadas del ajetreo veloz de las grandes ciudades en Latinoamérica, se sigue sosteniendo, en muchas de ellas, una concepción temporal aún no acelerada. Los “tiempos” mantienen otra consideración social menos ligada al consumismo y a las improntas urbanas y son un ejemplo, para los estudiosos del tema, de cómo se “usa” o se comprende el tiempo en ellas. Sin embargo, en virtud del proceso modernizador y de algunas

políticas implementadas desde el Estado, estas comunidades acceden a la televisión digital abierta, a internet, etc. y este acceso está produciendo un impacto que debemos estudiar. Es de esperar que todos estos cambios produzcan transformaciones no solo en la concepción del tiempo sino en sus sistemas representacionales y en el imaginario social compartido acercándose, sin perder su impronta identitaria, a las representaciones urbanas postmodernas.

II Tiempo, edad, expectativa de rol. Momentos e instantes. La significación del tiempo

En las próximas páginas, veremos como las edades portan y sustentan una expectativa de rol cuya función es dotar de predictibilidad las prácticas sociales de los sujetos. Debo ahora vincular la edad con el tiempo habida cuenta de que el sentido primero que posee la edad está en relación con una concepción del tiempo. La edad, entonces, admitiría en principio dos sentidos: a) ligado al tiempo y b) expectativa de rol

II.1 La edad ligada al tiempo

Toda edad le indica a la comunidad que ese sujeto ha sido adscripto a ella pues ha recorrido, por decirlo de alguna manera, un determinado y a veces impreciso tiempo. No es que este recorrido se ha mensurado exactamente y que en él el hombre está cómo apresado sino que los cambios visibles del cuerpo y de su conocimiento/saber, le indican a la sociedad que ese sujeto primaria y secundariamente socializado (Berger y Luckmann²⁸) es dueño o portador de una experiencia vital y existencial.

En las sociedades pre-modernas o que no adhieren al paradigma de la Modernidad racional-instrumental de occidente, no se discute la imprecisión o la incapacidad de medir el tiempo en forma cronológica y por ello, ese recorrido, si

²⁸ Berger, P y Luckmann TH (1984): *La construcción social de la realidad*. Amorrortu editores. Bs. As.

bien obligatorio y compartido socialmente, admite cierta imprecisión. Esta cualidad imprecisa no admite la cronología cósmica típica de nuestro calendario sino una dotada de otra precisión mucho más ligada a fenómenos naturales como los cambios corporales y cognitivos.

La sociedad moderna no puede permitir esta comprensión y uso del tiempo. Las condiciones sociales necesarias para el despliegue de la racionalidad instrumental de la Modernidad, necesita disciplinar el tiempo y enmarcarlo en parámetros medibles para que le sea funcional y desplegar, así, ciertos dispositivos temporales que, al igual que en la sociedad pretérita, cumplan su función ordenadora pero ahora en forma más sofisticada que es una de las características de la racionalidad instrumental.

El sistema estratificado de edades se hace más preciso, más dotado de contenido y esta es la razón de su determinación simbólicamente coactiva. Y es paradójicamente coactiva porque al contrario de la sociedad pre-moderna no coacciona directamente sino que lo hace por otros medios menos directos y más simbólicos. En la sociedad pre-industrial, los contenidos que portaban las edades eran menos en cantidad y por ello más fáciles de captar. Estaba muy claro qué era un niño, un adulto y un viejo. El Modelo Ternario de la vida obedecía a un modo social más sencillo siempre y cuando admitamos esta sencillez desde la mirada racional-instrumental de la sociedad actual. Ahora, en cambio, no sólo hay “mas” edades, lo que implica un paso a un Modelo Cuaternario, sino que cada edad porta más contenidos que antes. Hoy no está muy claro, eso creo, qué puede hacer o no hacer un niño o un joven y esta aparente “falta de claridad” no significa mayor autonomía; finalmente los niños siguen siendo niños.

Ayer se esperaba de un niño de clase media, y acá es importante indicar la adscripción de clase, del estrato socioeconómico, de etnia incluso de género, que fuera al colegio a la mañana, que volviera a almorzar a su casa, que hiciera los

deberes en algún momento de la tarde y que luego, saliera “a la puerta” a jugar con los amigos del barrio. Finalmente, cuando caía la tarde, retornaba a su casa para cenar y luego irse a dormir. Estas eran las expectativas básicas, por decir así, que se descargaban en un niño o una niña viviendo en un barrio del conurbano. Hoy día, esas expectativas han cambiado para el mismo niño y para la misma adscripción geográfica. Hoy ese niño va a doble escolaridad, luego, cuando vuelve a la tarde bien entrada, o bien concurre a inglés o a Tae-Kwon-do o incluso fútbol de salón, etc., finalmente, el sábado debe competir en lo que ha practicado y se diluyen ciertas ligazones sociales ligadas al barrio que son suplantadas, ahora, por relaciones establecidas en el colegio, en el instituto de artes marciales al que es llevado y retirado por su madre o padre. Sumadas a estas ligazones, se establecen unas nuevas que son resultado de las redes sociales que se solapan con las ya descritas. Vemos, a partir de este ejemplo, que las expectativas de edad han cambiado considerablemente. El tiempo es el mismo, al fin y al cabo el día sigue teniendo veinticuatro horas, pero las acciones que se despliegan en ese tiempo, son mucho más que las de antaño. Esta inflación de actividades debe hacerse a expensas de “algo” y ese “algo” evidentemente afecta de alguna manera la existencia de esos niños. Esta afectación, sin embargo, no debe considerarse en sus aspectos negativos antes bien, hay que considerarla como una impronta de la actualidad. No estar a “tono” con lo que la época demanda, es no satisfacer ciertas expectativas y eso puede ser causa de algún tipo de malestar.

Los niños de hoy están como saturados de actividades y esta cualidad no es posible de ser evaluada con las categorías de ayer por lo que se nos hace difícil decir qué está bien o qué está mal. La sociología no debe evaluar o valorar los hechos sociales pero es difícil sostener una neutralidad cuando la descripción de la realidad nos conduce a hallazgos que nos es difícil de comprender. La angustia

existencial ante la comprensión de que somos seres para la muerte tal como nos decía Heidegger, se ha trasladado a una particular angustia de no “tener tiempo” para hacer “todo lo que tengo/debo hacer” para no quedar excluido de la camaradería de los congéneres. La cantidad de eventos en los que debe participar un niño funcionan como una coacción social indispensable para pertenecer al colectivo de iguales, y aquel que no logre seguir el ritmo, será susceptible de algunas penalidades simbólicas como el desprecio, el “ninguneo” y, posiblemente, el *bullying*. Quienes logran seguir este ritmo, pertenecen al grupo y los que no, son excluidos. La aceleración el tiempo en la infancia, entonces, es un factor discriminador y excluyente.

Debemos pensar, como gerontólogos, cómo será la vejez de los que hoy son niños en relación al uso del tiempo. Si esta generación está haciendo un uso de tiempo en forma acelerada, ¿Cómo se combinará con la quietud y ralentización de los movimientos típicos de la vejez? Quiero decir; para sostener el nivel de actividad actual, es preciso sostener una autonomía económica y física que aparece como indispensable. Si con la vejez la autonomía tiene a menguar, es posible pensar que el uso del tiempo, diferirá con el actual y por eso esta característica presenta un desafío a su indagación. Si los familiares que ¿deberían? sostener a los viejos en su vejez, tienen el tiempo “completamente ocupado”, ¿podemos pensar que los cuidados serán sustituidos por profesionales? No obstante, sería aventurado hacer algunas profecías sostenidas tan solo en la especulación.

El tiempo acelerado de la actualidad no permite vivir en la duración como antaño, y si bien las edades parecen haberse alargado, al existir más edades las transiciones de una edad a la otra no sólo han perdido ritualización (Turner²⁹) sino que se han acelerado y ha impedido, de hecho, la adaptación existencial

²⁹ Turner, Víctor (1999): *La selva de los símbolos. Aspectos del ritual ndembu*. Siglo XXI. Madrid.

fomentando una particular angustia ligada ahora al paso del tiempo y no ya ligado al advenimiento seguro de la muerte que, hay que decirlo, no ha desaparecido del todo. Al haber más eventos que cumplir para estar actualizado y formar parte de la sociedad, su incumplimiento sencillamente por “falta de tiempo”, es el origen de la novedosa forma de angustia a la que me refería. La sociedad actual, con su aceleración, nos obliga a cumplir con más metas que antaño y este incumplimiento es vivido angustiosamente.

Pero todo lo dicho, paradójicamente, no es de cumplimiento obligatorio sino que funciona como condicionantes simbólicos de tanta magnitud que impactan en nuestra conciencia. La pregunta que debemos hacernos es cómo afecta la hechura de esta nueva y moderna comprensión del tiempo en el sistema estratificado de edad y las expectativas de rol ligadas a ella. Para ello se debe analizar qué comprensión del tiempo poseemos hoy.

Cabe decir que esta comprensión, si bien tiene una proyección universal, no suele ser así en algunas zonas del globo. Retomando los escritos de Rodolfo Kusch ya mencionado, difícilmente el hombre de la Puna o el Wichi que habita los márgenes del río Pilcomayo viva el tiempo acelerado de la sociedad postindustrial. En estas comunidades, el tiempo sostiene una cotidianeidad que se resiste a la aceleración conformando otro tipo de vida cotidiana que la que se observa en las ciudades. No obstante, y tal como sucede con los llamados “pueblos del interior”, la lentitud, la tranquilidad y la cotidianeidad de puertas abiertas, posiblemente se vea afectada por la aceleración del tiempo y por ello deberíamos estar atentos a cómo impacta en esa cotidianeidad.

II.2 El tiempo social

De acuerdo a lo que se viene diciendo hasta aquí, es posible adelantarnos a algunas certezas. Las edades se vinculan con alguna concepción social del tiempo

y, a la vez, sintetizan y condensan concepciones del tiempo: el tiempo objetivo, el tiempo subjetivo y el tiempo social.

Los cambios corporales y cognitivos visibles dan cuenta del TO, los ritos de transición y las expectativas de rol son las claves para entender el tiempo social y la comprensión interior de nuestra existencia temporal, accesible solo con el paso del tiempo (adultez y vejez) nos dan la pauta para saber qué es y cómo se manifiesta el TS. En esta triple relación; TO, TS y tiempo social (TSOC), se inscribe de manera tanto simbólica como práctica, el sistema estratificado de edades. Desde el TO, entendido como los años vividos y visibles en los cambios corporales y cognitivos, desde el TS como la comprensión propia de que uno está adscripto a la edad que la comunidad/sociedad dice y que, debido a ella, cumple los roles prescritos y, desde el TSOC, muy ligado a los otros dos, como el tiempo que se vive colectivamente y en donde uno de sus indicadores es la puntualidad y los horarios. Estos tipos de tiempo deben entenderse como Tipos Ideales y no se dan en la práctica real de esta manera sino que todos los tiempos se influyen mutuamente. No es posible pensar al TO sin una comprensión social y el TSOC propiamente dicho, “transcurre-en-el” TO.

El TSOC es aquel tiempo aprendido en los procesos de socialización y que adquiere su sentido en el mundo intersubjetivo y por ello decía que la puntualidad y los horarios son la forma más clara que asume aunque no la única. Participamos del tiempo social cuando sabemos que tenemos que tomar el tren de las 14.30 o cuando el médico nos da un turno a las 16.15. En estas instancias el tiempo asume su faz social desde la mirada más sencilla. El TSOC es también el tiempo de la fiesta, del trabajo, del ocio, de las vacaciones, etc.

En ocasiones la sociedad realiza ceremonias para indicarle a las personas que “ha llegado el tiempo de...” por ejemplo; el carnaval, la vendimia, la zafra azucarera, etc. Todas estas ceremonias festivas indican que hemos arribado a un tiempo de

connotaciones sociales en donde realizaremos determinada actividad que consideramos o especial o beneficiosa para todos. En el caso de la cosecha, porque la comunidad obtiene los granos y los alimentos que la alimentarán en los meses venideros, en el caso del carnaval porque por “tres días locos” se borrarán, aunque no del todo, algunas fronteras sociales jerárquicas y, en el caso de la navidad, porqué es el tiempo del nacimiento de Jesús.

Con el transcurso de la historia, que es una manera diferente de decir tiempo, el TSOC puede modificarse pues sus condicionamientos son externos, sin embargo el TO continúa con su devenir impertérrito ya que no hay afecciones a él. El TS, por su parte, solo receptará modificaciones propias del ser de tal manera, y coherente con su definición, solo el TSOC está sujeto a cambios en virtud, justamente, de su cualificación social.

El análisis diferencial de los tiempos indicados, nos pueden dar una clave para entender su ligación con los diversos modos de edades así, entonces, la edad cronológica estará estrechamente ligada al TO, la edad social y legal, al TSOC y la edad interna, que es esa extraña edad que creemos que poseemos, y que nunca coincide con las que nos adjudican, con el TS.

III. Ritmo, instantes, momentos

III.1 Ritmo

Todo transcurrir del o de “un” tiempo puede ser comprendido, también, desde su ritmo. El ritmo puede ser entendido como un sucederse cuya particularidad es la repetición periódica. El ritmo no es sólo sucesión sino una sucesión reiterativa, diría rutinaria. Este ritmo asume la forma de un *timing* que podemos entender como una sincronización, una coordinación y/o una duración. El ritmo-*timing* de

cada curso de vida³⁰ es un indicador de la singularidad existencial del hombre y debemos entenderlo como un ordenador temporal que colabora en la donación de sentido no sólo al transcurso del tiempo –tiempo de la existencia- sino a los cambios que acontecen en él.

Es importante entender que desde el ritmo-*timing* la vida, como existencia, adquiere una particularidad tanto individual como social.

Cómo el ritmo es una sucesión repetitiva es posible advertir que se dan generalidades susceptibles de análisis sociológico. En el transcurso de una vida, es esperable que acontezcan determinados acontecimientos como crecer, ir a la escuela, terminarla, tener un título, aprender a manejar, casarse, ser padre/madre, etc., pero también aprender los saberes necesarios para la producción y reproducción de la vida, enfermarse, quedar desempleado, etc. y cada uno de estos eventos esperables, si se dan en el ritmo y con la sincronización esperada –en virtud de las expectativas de la edad- no deberían producir demasiadas cuestiones. Si terminamos la escuela primaria entre los doce y catorce años, estaríamos cumpliendo las expectativas de la edad pero si la terminamos a los cincuenta y ocho, evidentemente, no habremos de haber cumplido esas expectativas y esa situación nos traerá algún tipo de consecuencias. En este aspecto, cobra importancia lo dicho en el Eclesiastés

Capítulo 3:

Hay un momento para todo y un tiempo para cada cosa
bajo el sol:

3:2 un tiempo para nacer y un tiempo para morir,
un tiempo para plantar y un tiempo para arrancar lo plantado;

3:3 un tiempo para matar y un tiempo para curar,
un tiempo para demoler y un tiempo para edificar;

3:4 un tiempo para llorar y un tiempo para reír,

³⁰ Para mayor información sobre el curso de la vida Cfr. Oddone, María Julieta y Gastron Liliana B (2008) Reflexiones en torno al tiempo y el paradigma del curso de vida. *Perspectivas en Psicología. Revista de Psicología y Ciencias Afines*. Volumen 5. Nº 2 Número especial. El envejecimiento y la vejez: otras perspectivas. Facultad de Psicología. Universidad Nacional de Mar del Plata.

un tiempo para lamentarse y un tiempo para bailar;
3:5 un tiempo para arrojar piedras
y un tiempo para recogerlas,
un tiempo para abrazarse
y un tiempo para separarse;
3:6 un tiempo para buscar
y un tiempo para perder,
un tiempo para guardar y un tiempo para tirar;
3:7 un tiempo para rasgar y un tiempo para coser,
un tiempo para callar y un tiempo para hablar;
3:8 un tiempo para amar y un tiempo para odiar,
un tiempo de guerra
y un tiempo de paz.

Desde hace ya muchos años, si nos basamos en el Eclesiastés, el hombre sabe que hay un tiempo “para” y acá podemos encontrar, en consecuencia, esta idea de ritmo y de *timing* al que hago referencia.

De acuerdo al ritmo con que vayan aconteciendo los eventos esperados y a su consecuente sincronización, sabremos si nuestra vida circula por los carriles esperados o si debemos realizar ajustes para normalizarla. Queda claro, creo, que hay una imposición social en la institucionalización del ritmo.

Los cambios y las afectaciones del ritmo-*timing*, es la clave para entender todos o casi todos los cambios existenciales en el curso de la vida. Hay que darle importancia tanto a la rutina del ritmo pero también a su aceleración, ralentización, síncopa, pulso, acentuación, etc. No es lo mismo recibirse con la nota más baja que hacerla siendo el primero del curso ni es lo mismo casarse con una propiedad propia que alquilarla. No es sólo una cuestión de ritmo, aunque sí lo sea, sino que las acentuaciones y las propias características de ese ritmo también imprime parte de su particularidad.

En definitiva, el ritmo que le imprimimos y que se le imprime a nuestra vida en sociedad es la clave de nuestra singularidad en un curso de vida. Nuestro

particular ritmo y sus acentuaciones se superpone a veces armoniosa y a veces en tensión y conflicto con otros ritmos.

III.2 Instantes-momentos

Por si no lo saben, de eso está hecha la vida,
sólo de momentos; no te pierdas el ahora.

JLB

El TO es más que la sumatoria de sus instantes. Los instantes, entendidos como el tiempo en que sucede “algo” o el momento del acontecimiento, permiten, al contrario de lo que puede indicar su definición, la comprensión integral de un período de tiempo. Los períodos de tiempo son encadenamiento de instantes que adquieren su sentido justamente en virtud de ese encadenamiento y de él adquieren su significación.

Entre el período de tiempo comprendido entre el inicio de “algo” y su fin, suceden los instantes-momentos. Hay un instante al que le corresponde un comienzo y después hay sucesivos instantes que se vinculan entre sí de forma encadenada, bajo el modo de la relación, hasta llegar al final del período que ahora se ha transformado en el evento-acontecimiento. Si se me permite el ejemplo, diría que en el período en que acontece cualquier evento, por ejemplo, un viaje en colectivo, hay un inicio; supongamos cuando el colectivo se detiene en su parada y subimos al él. En ese instante comienza nuestro viaje, aunque sea posible aceptar que haya comenzado cuando salimos de nuestra casa. Luego de que sacamos el boleto, en otro instante, advendrá el instante en que nos sentamos, miramos por la ventanilla y así sucesivamente –en donde éste “sucesivamente” es la clave para entender el encadenamiento relacional al que me refiero- hasta el instante en que nos levantamos, nos dirigimos hacia la puerta, tocamos el timbre para avisar al conductor que descendemos. Cuando ponemos los dos pies en la vereda y el

colectivo se aleja y ya hemos descendido, ha finalizado nuestro viaje y hemos dejado atrás el instante final.

Si bien hemos podido descomponer todo el acontecimiento denominado “viaje en colectivo a...” en sus instantes, ninguno de ellos es el “viaje en colectivo” sino tan solo sus instantes. Lo particular de ello es que no podemos retrotraer los instantes del evento sino es mediante el recuerdo. Tanto el tiempo transcurrido como los instantes que lo componen, son irreversibles. Considerar a los instantes como el evento es un reduccionismo inaceptable. El “viaje en colectivo a...” es la sumatoria de sus instantes más el *plus* del viaje “en-sí-mismo”.

Las apreciaciones singulares del TS no precisan de instantes, estos son solo para el TO. Los instantes del TO se desvanecen al mismo tiempo que acontecen y solo quedan de ellos su recuerdo. En el recuerdo, no hay una linealidad cronológica y puede haber saltos temporales que no han sucedido en el TO. Es posible que no recordemos todo el trayecto del viaje sino solo algunas porciones de él; no recordaremos seguramente las vías cruzadas ni los semáforos pero sí esa plaza en donde vimos a los jacarandá florecidos. Es gracias a los recuerdos que el TO se “transforma” en TS. En él, los eventos del pasado y las fantasías del futuro se presentifican, los recuerdos siempre son en presente. La particularidad del instante es su necesidad vinculada y vinculante que, fuera del contexto, no es nada.

El tiempo, sobre todo el TO, puede ser entendido como “descansando” en una red entretejida de instantes. Sin ellos, el tiempo pierde su contenido. Realmente comprendemos los acontecimientos acaecidos en el tiempo en virtud de los instantes-momentos en que ese evento sucedió. Toda red puede ser pensada como un tipo particular de tejido, con una urdimbre y un diseño soportado por ella. Cada ser va tejiendo su propia trama de recuerdos y esta particularidad es una de las condiciones de su singularidad. La trama es el soporte del recuerdo y el diseño

su aroma, “eso” que quiere “decir” el recuerdo y su análisis desborda la sociología para ingresar en el campo psicológico. El tiempo, por su parte, no se reduce a la trama de los instantes pero sin ellos no es.

Los instantes entramados permiten fijar el momento y esta operación es necesaria para que la conciencia pueda recordar. Si el momento estuviera “flotando” difícilmente pueda ser traído a la memoria. El recuerdo está adherido al instante en que ocurrió y el entramado de los instantes permiten captar el sentido de ese evento que, al recordarlo, cambiará. Paradójico suceso que se modifica cada vez que acontece.

El recuerdo, cada vez que se “enciende” ya porta un sentido que puede ser el mismo del evento recordado o, después de haber transcurrido la experiencia práctica de ese evento, haber adquirido uno nuevo ahora producido por el recuerdo. Si este razonamiento es correcto, el hecho de recordar es donador de sentido. El sentido entonces no estaría adherido ingenuamente en el recuerdo sino que sería producto de la operación de recordar. Cada vez que recordamos, entonces, realizamos una operación de donación de sentido a “eso” que es el evento que recordamos y que puede ser igual o similar a la donación original o no. Queda por dilucidar porqué sucede y qué consecuencias puede traer.

Posiblemente la donación de sentido/s alternos al evento original, alterno pero coherente, sean o cumplan una función de actualización para la conciencia y esta no quede “atrapada” en ese pasado que se recuerda. Cada recuerdo, entonces, es una especie de creación y no solamente una evocación pasiva de un evento.

Esta actualización posiblemente esté muy relacionada con la necesidad de la conciencia de entender el aquí y el ahora del ser que recuerda en su realidad cotidiana. Incluso los recuerdos en la vejez, bajo el modo de nostalgia o reminiscencia, se actualizan a partir de nuevos sentido, pero cabe esperar que

esta actualización se resienta y quede como “pegada” al sentido original del evento recordado.

Una sucesión de instantes no genera tiempo, el tiempo supone un encadenamiento con sentido de los instantes sostén de los acontecimientos recordados.

Conclusión

El análisis del tiempo, desde una perspectiva sociofenomenológica, nos permite comprender mejor cómo se lo vive en el devenir existencial de cada ser que “está-en-el-mundo”. De la misma manera, nos permite comprender mejor cómo se vinculan los dispositivos ordenadores que cada sociedad se da en relación con los sistemas estratificados de edad. Desde esta matriz, es adecuado proponer la idea de que los sistemas estratificados están estrechamente relacionados con la expectativa de rol que cada uno de ellas porta y estas expectativas donan de predictibilidad las conductas de los sujetos adscriptos a ellas. Las edades, entonces, no solo son indicativas de los cambios corporales, cognitivos y madurativos de los seres humanos socializados sino también dispositivos ordenadores y normadores que, desde una concepción etárea, indican qué se espera de cada sujeto adscripto a ellas, en relación a lo “normal”. Al instituir esta “normalidad” por contraste instituye lo “desviado”. Cada edad porta “en-sí-misma” un cúmulo de expectativas que orientarán la conducta de los seres. Cumplir o alejarse de esas expectativas tiene, obviamente, efectos sociales y por ello la pertinencia de su estudio.

Este sistema ordenador es lo suficientemente flexible para incorporar los cambios que la historia trae a la sociedad. Si los sistemas estratificados fueran extremadamente rígidos, no cumplirían su función y que es la que se indicado.

Los sistemas estratificados de edades ligados a la concepción que cada sociedad hace del tiempo, sostiene una rigidez que se combina con una plasticidad y en este juego puede cumplir su función ordenadora. Digamos como indicador cualitativo de este aserto, que una de las expectativas que se espera para la adolescencia-juventud, es su rebeldía y sus propuestas de cambio y acá encontramos esta ambigüedad, si es que la puedo presentar así, que manifestaba. Las expectativas que se habían establecido para la vejez, están sufriendo rápidas transformaciones que obligan a los profesionales del área a adaptarse rápidamente para no quedar desactualizados y actuar en consecuencia. Lo que ayer se esperaba de una mujer viuda de setenta años no es lo mismo que se espera hoy y dar cuenta de estas transformaciones es tarea que nos incumbe a todos los profesionales que investigamos el proceso de envejecimiento. Lo que ayer era esperable, hoy no lo es.

El tiempo, entonces, es ese fluir ligado al movimiento del cosmos pero también es susceptible de asignación de sentido y gracias a ella, comprendemos que hay un tiempo subjetivo y un tiempo social. Es probable pensar, en este sentido, que el tiempo físico objetivo, si bien admite cierto sentido social, está más ligado a la edad cronológica, que es esa edad medida en años calendarios y el tiempo social está más relacionado con la llamada edad social. El tiempo subjetivo, como corresponde, no se relaciona directamente con ninguna edad ya que la edad subjetiva, si bien importante para el sujeto, no admite, creo, algún análisis desde la sociología sino que es tarea propia o de la biología o de la psicología. No obstante, y como dije, no por ello se le resta importancia.

Finalmente, se llama la atención sobre la necesidad de establecer vínculos entre las diferentes ciencias que son convocadas por el complejo proceso de envejecimiento debido a sus múltiples vinculaciones con la biología, la demografía, las ciencias sociales y la psicología. Los temas que aborda la sociología del

envejecimiento no son ajenos a esta complejidad y se suma al debate haciendo sus propios aportes.

La propuesta de este ensayo ha sido la de analizar, en esta multiplicidad, a la filosofía de cuño fenomenológico en el convencimiento de que es posible desarrollar una filosofía social que dé cuenta, desde su perspectiva, del proceso de envejecimiento. En pos de este objetivo se ha escrito este ensayo.

Octubre 2015.

Bibliografía

- Han, Byung-Chul (2015): *El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*. Herder. Barcelona.